

SIMONE DE BEAUVOIR

*Memorias de una
joven formal*

CONTEMPORÁNEA



Primera parte de una autobiografía de Simone de Beauvoir, la búsqueda de una conciencia que se examina a sí misma imponiéndose un rigor implacable.

La autora va trazando las primeras etapas de un aprendizaje: existir sin concesiones a falsos ideales o autoengaños. Este primer tomo se cierra con un gran encuentro: recién ingresada en la Sorbona, Simone de Beauvoir traba amistad con alguien a quien acaba de conocer: Jean Paul Sartre, que dice. «A partir de ahora la tomo entre mis manos».

Historia de una conciencia que se revela en la libertad y en la «necesidad aplastante», la autobiografía de Simone de Beauvoir es ante todo la búsqueda de una existencia, es decir, en el tiempo como actualidad concreta, en la suma de ambigüedades y contradicciones de lo que podría llamarse «la opacidad de la empresa de vivir», que la literatura transforma en transparencia, pues nadie se comprende a sí mismo sino a través de los demás.

Completan la autobiografía «La fuerza de las cosas» y «La plenitud de la vida».

«Hay que hablar de fracaso, del escándalo, de la muerte, no para desesperar a los lectores, sino al contrario, para intentar salvarlos de la desesperación... Una desgracia que encuentra palabras para decirse ya no es una exclusión radical. El lenguaje nos reintegra a la comunidad humana».

PRIMERA PARTE

Nací a las cuatro de la mañana el 9 de enero de 1908, en un cuarto con muebles pintados de blanco que daba sobre el Bulevar Raspail. En las fotos de familia tomadas el verano siguiente veo a unas jóvenes señoras con vestidos largos, con sombreros empenachados de plumas de avestruz, señores con ranchos de paja y panamás que le sonrían a un bebé: son mis padres, mi abuelo, tíos, tías y soy yo. Mi padre tenía treinta años, mi madre veintiuno, y yo era la primogénita. Doy vuelta una página del álbum; mamá tiene entre sus brazos un bebé que no soy yo; llevo una falda tableada, una boina, tengo dos años y medio y mi hermana acaba de nacer. Sentí celos, según parece, pero durante poco tiempo. Por lejos que me remonte en el tiempo encuentro el orgullo de ser la mayor: la primera. Disfrazada de Caperucita Roja, llevando en mi cesta una torta y un tarro de manteca, me sentía más interesante que un lactante clavado en su cuna. Tenía una hermanita: ese bebito no me tenía.

De mis primeros años sólo encuentro una impresión confusa: algo rojo y negro y cálido. El departamento era rojo, rojo el alfombrado, el comedor Enrique II, la seda acanalada que tapaba las puertas ventanas y en el escritorio de papá las cortinas de terciopelo; los muebles de ese antro sagrado eran de peral ennegrecido; yo me cobijaba en el nicho que se abría bajo el escritorio y me enroscaba en las tinieblas; estaba todo oscuro, hacía calor y el rojo de la moqueta gritaba dentro de mis ojos. Así pasó toda mi primera infancia. Yo miraba, palpaba, aprendía el mundo, al amparo.

Le debía a Louise la seguridad cotidiana. Ella me vestía por la mañana, me desvestía de noche y dormía en el mismo cuarto que yo. Joven, sin belleza, sin misterio, puesto que sólo existía —al menos yo lo creía— para velar sobre mi hermana y sobre mí, nunca elevaba la voz, nunca me reprendía sin motivo. Su mirada tranquila me protegía mientras yo jugaba en el Luxemburgo, mientras acunaba a mi muñeca Blondine bajada del cielo una noche de Navidad con el baúl que contenía su ajuar. Al caer la noche se sentaba junto a mí, me mostraba imágenes y me contaba cuentos. Su presencia me resultaba tan necesaria y me parecía tan natural como la del suelo bajo mis pies.

Mi madre, más lejana y más caprichosa, me inspiraba sentimientos amorosos; me instalaba sobre sus rodillas, en la dulzura perfumada de sus brazos, y cubría de besos su piel de mujer joven; a veces, de noche aparecía junto a mi cama, hermosa como una aparición, con su vestido vaporoso adornado con una flor malva o con su centelleante vestido de lentejuelas negras. Cuando estaba enojada me miraba con ira. Yo temía ese fulgor tempestuoso que desfiguraba su rostro; tenía necesidad de su sonrisa.

A mi padre lo veía poco. Se iba todas las mañanas «al Palacio», llevando bajo el brazo un portadocumentos lleno de cosas intocables llamadas expedientes. No usaba ni barba ni bigotes, sus ojos eran celestes y alegres. Cuando volvía al anochecer le traía a mamá violetas de Parma; se besaban y reían. Papá también reía conmigo, me hacía cantar: *Era un auto gris...* o *Tenía una pierna de madera*; me dejaba boquiabierto sacando de mi nariz monedas de un franco. Me divertía y me alegraba verlo ocuparse de mí; pero no tenía en mi vida un papel muy definido.

La principal función de Louise y de mamá era alimentarme; su tarea no era siempre fácil. Por mi boca el mundo entraba en mí más íntimamente que por mis ojos y mis ma-

nos. Yo no lo aceptaba entero. Las insulsas cremas de trigo verde, las sopas de avena, las pastas lechosas me arrancaban lágrimas; las grasas untuosas, el misterio blanduzco de los mariscos me sublevaban; sollozos, gritos, vómitos, mis repugnancias eran tan obstinadas que renunciaron a combatir las. En cambio, aprovechaba apasionadamente del privilegio de la infancia para quien la belleza, el lujo, la felicidad, son cosas que se comen; ante las confiterías de la calle Vavin quedaba petrificada, fascinada por el brillo luminoso de las frutas abrigadas, el tono más apagado de los bombones de fruta, la flora abigarrada de los caramelos ácidos; verde, rojo, naranja, violeta; yo codiciaba los colores por sí mismos tanto como el placer que me prometían. A menudo tenía la suerte de que mi admiración terminara en placer. Mamá mezclaba peladillas en un mortero, mezclaba el polvo granulado a una crema amarilla; el color rosado de los bombones se degradaba en matices exquisitos, hundía mi cuchara en una puesta de sol. Las noches en que mis padres recibían, los espejos de la sala multiplicaban las luces de una araña de caireles. Mamá se sentaba ante el piano de cola, una señora vestida de tul tocaba el violín y un primo el violoncelo. Yo hacía crujir entre mis dientes la cáscara de una fruta abrigada, una pompa de luz estallaba contra mi paladar con un gusto de cassis o de ananá: yo poseía todos los colores y todas las llamas, las bufandas de gasa, los diamantes, los encajes; yo poseía toda la fiesta. Los paraísos donde corren la leche y la miel nunca me han atraído pero envidiaba las casas de caramelo: si este universo en que vivimos fuera totalmente comestible, ¿qué fuerza tendríamos sobre él! Adulta, hubiera querido comer los almendros en flor, morder en las peladillas del poniente. Contra el cielo de Nueva York las luces de neón parecían golosinas gigantes y me sentí frustrada.

Comer no era solamente una exploración y una conquista sino el más serio de mis deberes. «Una cucharada para mamá, una para abuelita... si no comes no crecerás». Me

ponían contra la pared del vestíbulo, trazaban al ras de mi cabeza una raya que confrontaban con otra más antigua: tenía dos o tres centímetros más, me felicitaban, yo me enorgullecía; a veces, sin embargo, me asustaba. El sol acariciaba el piso encerado y los muebles pintados de blanco. Yo miraba el sillón de mamá y pensaba: «Ya no podré sentarme sobre sus rodillas». De pronto el porvenir existía; me transformaría en otra, qué diría yo, y ya no sería yo. Presentí todos los rompimientos, los renunciamientos, los abandonos, y la sucesión de mis muertos. «Una cucharada para abuelito...». Sin embargo, comía y me enorgullecía de crecer; no deseaba ser siempre un bebé. Debo de haber vivido ese conflicto con intensidad para recordar tan minuciosamente el álbum donde Louise me leía la historia de Carlota. Una mañana Carlota encontraba sobre una silla junto a la cabecera de su cama un huevo de azúcar rosada, casi tan grande como ella: a mí también me fascinaba. Era el vientre y la cuna y, sin embargo, una podía comerlo. Como rechazaba cualquier otro alimento, Carlota se achicaba de día en día, se había vuelto minúscula: estaba a punto de ahogarse en una cacerola, la cocinera la tiraba por descuido en el tacho de la basura, una rata se la llevaba. La salvaban; asustada, arrepentida, Carlota comía tan glotonamente que se hinchaba como un odre: su madre llevaba a casa del médico a un monstruoso globo. Yo contemplaba con juiciosa apetencia las imágenes que ilustraban el régimen recetado por el doctor: una taza de chocolate, un huevo pasado por agua, una costillita dorada. Carlota recobraba sus dimensiones normales y yo emergía sana y salva de la aventura que me había reducido a feto y me había transformado en matrona.

Seguí creciendo y me sabía condenada al destierro: buscaba auxilio en mi imagen. Por la mañana, Louise enroscaba mi pelo alrededor de un palo y yo miraba con satisfacción en el espejo mi rostro encuadrado de largos rizos: las morenas de ojos claros no son, según me habían dicho, una

especie común y yo ya había aprendido a considerar preciosas las cosas singulares. Me gustaba a mí misma y me gustaba gustar. Los amigos de mis padres alentaban mi vanidad: me alababan cortésmente, me mimaban. Yo me acariciaba contra las pieles, contra los vertidos sedosos de las mujeres; respetaba más a los hombres, sus bigotes, su olor a tabaco, sus voces graves, sus brazos que me levantaban del suelo. Me importaba particularmente interesarles: ton-teaba, me agitaba, acechando la palabra que me arrancaría de mis limbos y me haría existir, de veras, en el mundo de ellos. Una noche ante un amigo de mi padre rechacé con terquedad un plato de ensalada cocida. Sobre una tarjeta postal enviada durante las vacaciones él preguntó con ingenio: «¿Siempre le gusta a Simone la ensalada cocida?». La letra escrita tenía a mis ojos aun más prestigio que la palabra: yo exultaba. Cuando nos encontramos con el señor Dardelle en el atrio de Notre Dame des Champs, yo esperé bromas deliciosas; intenté provocarlas: no hubo eco. Insistí; me hicieron callar. Descubrí con despecho lo efímero de la gloria.

Por lo general esas decepciones me eran evitadas. En casa el menor acontecimiento suscitaba vastos comentarios; escuchaban con gusto mis historias, repetían mis frases. Abuelos, tíos, tías, primos, una abundante familia me garantizaba mi importancia. Además todo un pueblo sobrenatural se inclinaba sobre mí con solicitud. En cuanto supe caminar mamá me llevó a la iglesia; me había mostrado de cera, de yeso, pintadas sobre las paredes, imágenes del niño Jesús, de tata Dios, de la Virgen, de los ángeles, uno de los cuales estaba como Louise, especialmente afectado a mi servicio. Mi cielo estaba estrellado de una constelación de ojos benévolos.

Sobre la tierra, la madre y la hermana de mamá se ocupaban activamente de mí. Abuela tenía mejillas rosadas, pelo blanco, aros de brillantes; chupaba pastillas de goma, duras y redondas como botones de botines, cuyos colores

transparentes me encantaban; yo la quería porque era vieja; y quería a tía Lili porque era joven: vivía en casa de sus padres como una chica y me parecía más cercana que los demás adultos. Rojo, calvo, la barbilla cubierta de una espuma grisácea, abuelo me hacía saltar concienzudamente sobre la punta de su pie, pero su voz era tan rugosa que uno nunca sabía si bromeaba o si rezongaba. Yo almorzaba en casa de ellos todos los jueves; fiambres, blanqueta, isla flotante; abuela me colmaba. Después de almorzar, abuelo dormitaba en un sillón de tapicería, y yo jugaba debajo de la mesa a juegos que no hacen ruido. Él se iba. Entonces abuela sacaba del aparador el trompo metálico sobre el cual colocábamos, mientras giraba, redondeles de cartón multicolores; en el trasero de un hombrecito de plomo que ella llamaba «Don Cólico» encendía una cápsula blanca de la cual salía una serpentina oscura. Jugaba conmigo al dominó, a la batalla, al *mahjong*. Yo me ahogaba un poco en ese comedor más abarrotado que una trastienda de anticuario; en las paredes, ni un blanco; tapicerías, platos de loza, cuadros de colores borrosos; un pavo muerto yacía en medio de un montón de repollos; las mesas estaban cubiertas de terciopelo, de moletón, de macramé; las flores apriionadas en maceteros de cobre me entristecían.

A veces tía Lili me llevaba a pasear; no sé por qué azar me llevó varias veces al concurso hípico. Una tarde, sentada a su lado en una tribuna de Issy-les-Moulineaux vi hamacarse en el cielo biplanos y monoplanos. Nos entendíamos bien. Uno de mis más lejanos y más agradables recuerdos es una temporada que pasé con ella en Chateauvillain, en la Haute Mame, en casa de una hermana de abuelita. Habiendo perdido mucho tiempo atrás a su hija y a su marido, la vieja tía Alice vegetaba sola y sorda en un gran edificio rodeado de un jardín. La pequeña ciudad con sus calles estrechas, sus casas bajas, parecía sacada de uno de mis libros de imágenes; los postigos cribados de tréboles y de corazones estaban sujetos a la pared por hierros que figura-

ban pequeños personajes; los llamadores eran manos; una puerta monumental se abría sobre un parque por el cual corrían gamos; las eglantinas se enroscaban a una torre de piedra. Las viejas solteronas de la aldea me agasajaban. La señorita Elise me daba pan de especias en forma de corazón. La señorita Marthe poseía un ratón mágico encerrado en una caja de vidrio; había que introducir por una ranura un cartón sobre el cual había una pregunta escrita; el ratón giraba y enderezaba su hocico hacia un fichero; la respuesta estaba impresa sobre una hoja de papel. Lo que más me maravillaba eran los huevos decorados con dibujos al carbón, que ponían las gallinas del doctor Masse; yo los recogía con mis propias manos, cosa que me permitió más tarde contestar a una amigueta escéptica: «Los recogí yo misma». En el jardín de tía Alice me gustaban los arbustos bien podados, el piadoso olor de las palmas, y, bajo una glorietta, un objeto tan deliciosamente equívoco como sería un reloj de carne: una roca, que era un mueble, una mesa de piedra. Una mañana hubo una tormenta, yo jugaba con tía Lili en el comedor cuando el rayo cayó sobre la casa; era un serio acontecimiento que me llenó de orgullo: cada vez que me ocurría algo tenía la impresión de ser alguien. Conocí un placer más sutil. Sobre la pared de las dependencias crecían clematitas; una mañana tía Alice me llamó con voz seca; una flor yacía en el suelo: me acusó de haberla cortado. Tocar las flores del jardín era un crimen cuya gravedad yo no ignoraba; pero yo no lo había cometido y protesté. Tía Alice no me creyó. Tía Lili me defendió fogosamente. Era la delegada de mis padres, mi único juez; tía Alice con su rostro manchado se parecía a las hadas malas que persiguen a los niños; yo asistía complacida al combate que las fuerzas del bien libraban en mi favor contra el error y la injusticia. En París, padres y abuelos tomaron mi partido con indignación y saboreé el triunfo de la virtud.

Protegida, regatoneada, divertida con la incesante novedad de las cosas, yo era una niña muy alegre. Sin em-

bargo, algo andaba mal, puesto que unas rabietaas terribles me arrojaban al suelo, violeta y convulsionada. Tengo tres años y medio, almorzamos en la terraza asoleada de un gran hotel —era en Divonneles-Bains—; me dan una ciruela roja y empiezo a pelarla. «No», dice mamá, y caigo aullando sobre el cemento. Aúllo a lo largo del Bulevar Raspail porque Louise me arrancó de la plaza Boucicaut donde estaba jugando. En esos momentos ni la mirada tormentosa de mamá, ni la voz severa de Louise, ni las intervenciones extraordinarias de papá me alcanzaban. Aullaba tan fuerte, durante tanto tiempo, que en el Luxemburgo me tomaron varias veces por una niña mártir. «¡Pobrecita!», dijo una señora tendiéndome un caramelo. Le agradecí con un puntapié. Ése episodio fue muy comentado; una tía obesa y bigotuda que manejaba la pluma lo contó en *La muñeca modelo*. Yo compartía la reverencia que inspiraba a mis padres el papel impreso. A través del relato que me leyó Louise, me sentí un personaje; poco a poco, sin embargo, sentí un malestar. «La pobre Louise lloraba a menudo amargamente mirando sus ovejas», había escrito mi tía. Louise nunca lloraba, no poseía ovejas, me quería: ¿y cómo se puede comparar a una niña con unos corderos? Aquel día sospeché que la literatura sólo mantiene relaciones inciertas con la verdad.

A menudo me he interrogado sobre la razón y el sentido de mis rabietaas. Creo que se explican en parte por una vitalidad fogosa y por un extremismo al cual nunca he renunciado del todo. Llevaba mis repugnancias hasta el vómito, mis deseos hasta la obsesión; un abismo separaba las cosas que me gustaban de las que no me gustaban. No podía aceptar con indiferencia la caída que me precipitaba de la plenitud al vacío, de la beatitud al horror; si la consideraba fatal, me resignaba; nunca me enojé contra un objeto. Pero me negaba a ceder a esa fuerza impalpable: las palabras; lo que me sublevaba es que una frase lanzada al descuido: «Debes hacerlo... no debes hacerlo», arruinara en un

instante mis empresas y mis alegrías. Lo arbitrario de las órdenes y de las prohibiciones contra las que chocaba denunciaba su inconsistencia; ayer pelé un durazno: ¿por qué no esa ciruela?, ¿por qué dejar mis juegos justo en este minuto? En todas partes encontraba obligaciones, en ninguna parte su necesidad. En el corazón de la ley que me abrumbaba con el implacable rigor de las piedras, yo entreveía una ausencia vertiginosa: me sumergía en ese abismo, la boca desgarrada por gritos. Aferrándome al suelo, pateando, oponía mi peso de carne al aéreo poder que me tiranizaba; lo obligaba a materializarse; me encerraban en un cuarto oscuro entre escobas y plumeros; entonces podía golpear con los pies y las manos en muros verdaderos, en vez de debatirme contra inasibles voluntades. Yo sabía que esa lucha era vana; desde el momento en que mamá me había sacado de las manos la ciruela sangrienta, en que Louise había guardado en su bolsa mi pala y mis moldes, yo estaba vencida; pero no me rendía. Cumplía el trabajo de la derrota. Mis sobresaltos, las lágrimas que me cegaban, quebraban el tiempo, borraban el espacio, abolían a la vez el objeto de mi deseo y los obstáculos que me separaban de él. Me hundía en la noche de la impotencia; ya nada quedaba salvo mi presencia desnuda y ella explotaba en largos aullidos.

Los adultos no solamente contrariaban mi voluntad, sino que me sentía la presa de sus conciencias. Éstas solían representar el papel de un amable espejo; también tenían el poder de embrujarme; me transformaban en animal, en cosa. «¡Qué lindas pantorrillas tiene esta chica!», dijo una señora que se inclinó para palparme. Si hubiera podido decirme: «¡Esta señora es una tonta! Me considera como si fuera un perro», me habría salvado. Pero a los tres años no tenía ningún recurso contra esa voz melosa, esa sonrisa golosa, salvo la de arrojarme aullando contra la acera. Más adelante aprendí algunas defensas; pero mis exigencias aumentaron: bastaba para herirme que me trataran como a un be-

bé; limitada en mis conocimientos y en mis posibilidades, no por eso dejaba de considerarme una verdadera persona. En la plaza San Sulpicio, de la mano de mi tía que no sabía hablarme muy bien, me pregunté de pronto: «¿Cómo me ve?», y sentí un agudo sentimiento de superioridad: porque yo conocía mi interior y ella lo ignoraba: engañada por las apariencias, no sospechaba, viendo mi cuerpo inconcluso, que dentro de mí nada faltaba; me prometí no olvidar cuando fuera grande que a los cinco años uno es un individuo completo. Es lo que negaban los adultos cuando me demostraban condescendencia y me ofendían. Tenía susceptibilidades de inválido. Si abuelita hacía trampa en las cartas para hacerme ganar, si tía Lili me proponía una adivinanza demasiado fácil, entraba en trance. A menudo sospechaba que las personas mayores representaban comedias; las apreciaba demasiado para imaginar que se engañaran a sí mismas: suponía que las inventaban a propósito para burlarse de mí. Al final de una comida de cumpleaños abuelito quiso hacerme brindar: tuve un ataque. Un día que había corrido, Louise tomó un pañuelo para secar mi frente bañada de sudor: me debatí, huraña, su gesto me había parecido falso. En cuanto presentía, razonablemente o no, que abusaban de mi ingenuidad para manejarme, me encabritaba.

Mi violencia intimidaba. Me reñían, me castigaban un poco, era raro que me abofetearan. «Cuando la tocan, Simone se vuelve violeta», decía mamá. Uno de mis tíos, exasperado, se atrevió a hacerlo: me quedé tan estupefacta que mi rabieta cayó de golpe. Quizá hubieran logrado dominarme fácilmente, pero mis padres no tomaban mis iras a lo trágico. Papá, parodiando no sé a quién se divertía en repetir: «Esta chica es insociable». También decían, no sin cierto orgullo: «Simone es terca como una mula». Saqué ventaja. Tenía caprichos; desobedecía por el mero placer de no obedecer. En las fotos de familia, saco la lengua, vuelvo la espalda: a mi alrededor, ríen. Esas leves victorias

me alentaron a no considerar como insalvables las reglas, los ritos, la rutina: ellas son la raíz de cierto optimismo que sobrevivió a todas las educaciones.

En cuanto a mis derrotas, no engendraban en mí ni humillación ni resentimiento; cuando, cansada de llantos y gritos terminaba por capitular, estaba demasiado agotada para rumiar mis penas: a menudo hasta había olvidado la razón de mi rabia. Avergonzada de un exceso para el cual ya no encontraba en mí justificación, sólo sentía remordimientos; se disipaban pronto porque no me costaba obtener mi perdón. Después de todo, mis furias compensaban lo arbitrario de las leyes que me esclavizaban; me evitaron hundirme en silenciosos rencores. Nunca discutí seriamente la autoridad. Las conductas de los adultos sólo me parecían sospechosas en la medida en que reflejaban el equívoco de mi condición infantil: era contra ella que me sublevaba. Pero aceptaba sin la menor reticencia los dogmas y los valores que me proponían.

Las dos categorías mayores sobre las cuales se ordenaba mi universo eran el Bien y el Mal. Yo moraba en la región del Bien, donde reinaban —indisolublemente unidas— la dicha y la virtud. Tenía la experiencia de dolores injustificados; solía golpearme, lastimarme; una erupción eczematosa me había desfigurado: un médico quemaba mis pústulas con nitrato de plata y yo gritaba. Pero esos accidentes se solucionaban pronto y no hacían tambalear mi credo: las alegrías y las penas de los hombres corresponden a sus méritos.

Viviendo en la intimidad del Bien, supe enseguida que comprendía matices y grados. Yo era una niña buena y cometía faltas; mi tía Alice rezaba mucho, seguramente se iría al cielo, pero se había mostrado injusta conmigo. Entre las personas que yo debía amar y respetar las había que sobre ciertos puntos mis padres criticaban. Ni siquiera abuelita y abuelito escapaban a sus críticas; seguían enemistados con unos primos que mamá veía a menudo y que me parecían

muy simpáticos. La palabra enemistad, que evocaba ovillos inextricablemente embarullados, me disgustaba: ¿por qué se enemista la gente?, ¿cómo?; me parecía lamentable estar enemistado. Yo adoptaba totalmente la causa de mamá. «¿Adonde fueron ayer?», preguntaba tía Lili. «No se lo diré, mamá me lo ha prohibido». Ella cambiaba con mi madre una larga mirada. A veces hacían comentarios desfavorables: «¿Entonces, tu mamá siempre en la calle?». Su malevolencia los desprestigiaba sin rozar a mamá. Por otra parte no alteraba en nada el afecto que sentía por ellos. Me parecía natural, y en cierto sentido satisfactorio que esos personajes secundarios fuesen menos irreprochables que las divinidades supremas: Louise y mis padres tenían el monopolio de la infalibilidad.

Una espada de fuego separaba el Bien del Mal: nunca había visto a este último frente a frente. A veces la voz de mis padres se endurecía; esa indignación, esa ira, me permitían adivinar que aun entre las personas que los rodeaban había almas verdaderamente negras: no sabía cuáles e ignoraba sus crímenes. El Mal guarda sus distancias. Yo sólo imaginaba esos súcubos a través de figuras míticas: el diablo, el hada Carabosse, las hermanas de la Cenicienta; a falta de haberlos encontrado en carne y hueso los reducía a su pura esencia; el Malo pecaba como quema el fuego, sin excusa, sin recurso; el infierno era su lugar natural, la tortura su destino y me hubiera parecido sacrílego apiadarme por sus tormentos. A decir verdad los zapatos de hierro candente con que los enanos calzaban los pies de la madrastra de Blanca Nieve, las llamas donde ardía Lucifer, nunca evocaban en mí la imagen de una carne sufriente. Ogros, brujas, demonios, madrastras, y verdugos, esos seres sobrehumanos simbolizaban un poder abstracto y sus suplicios ilustraban abstractamente su justa derrota.

Cuando fui a Lyon con Louise y mi hermana abrigué la esperanza de afrontar al enemigo a rostro descubierto. Estábamos invitadas por unos primos lejanos que vivían en